

REFLEXIONES ACERCA DE LA FELICIDAD

Una mañana Fontanet fué a decirme que una señora rica y aristocrática, en cuyos salones se reunían las más hermosas mujeres de París, le había rogado que llevara bailadores para sus fiestas, y en seguida se acordó de mí. Aduje que yo no bailaba. Era cierto; Fontanet lo sabía, y sólo por el gusto de oírmelo repetir me hizo aquella invitación.

Algunos días después Fontanet me advirtió que aprendía a montar en un picadero, y que no tardaría en dar un paseo a caballo por el Bosque de Bolonia con algunos camaradas. Me invitó a ir con ellos en un caballo de alquiler. Me gustaba mucho montar, pero no tenía dinero para caballos. Me excusé. Fontanet fingió atribuir a otras razones mi excusa, y me dijo:

—Haces mal en no atreverte, porque te hubieran dado en el picadero un caballo muy tranquilo y lo hubieras podido montar sin temor.

Por entonces vi en el comercio del célebre Verdier, del boulevard de los Capuchinos, un junco rematado por una bola de lapis-lázuli; aquel bastón

me atrajo con un sentimiento casi amoroso por su dulzura y su violencia. Era un bonito bastón, pero yo sólo podía verlo a través del cristal del escapate. El boulevard de los Capuchinos era en aquel tiempo de lo más elegante, y la riqueza del comercio de Verdier me aconsejaba que me abstuviera de entrar allí.

Distaba yo bastante de ser un buen mozo, y por añadidura carecía de audacia. Mi timidez con las mujeres era excesiva. Me agradaban locamente las hermosas, quiero decir las que tenían aspecto y perfume de mujer; pero la emoción trastornaba en su presencia todas mis facultades; por lo cual sólo podía comunicarme con las que no tenían encantos y me infundían horror; porque a mi juicio, el pecado más terrible de una mujer consiste en no ser bella. Advertí que en sociedad otros jóvenes de peor aspecto y menos inteligencia que yo hacían mejor papel. Me disgustaba mucho que así sucediese; pero fui bastante razonable para que mi desventura no me sorprendiera.

En tales circunstancias, me cercioré de que no me habían favorecido la naturaleza y la fortuna, y mi primer movimiento fué de protesta. Siempre creí que lo único razonable era procurarnos placeres, y ciertamente, a juzgar por los indicios, yo estaba mal dotado para conseguirlo; tenía, como la caña de La Fontaine, sobradas razones para dolerme de la Naturaleza. Pero pronto hice un descubrimiento de mucha importancia. No es difícil ob-

servar si un hombre es dichoso o desdichado. La alegría y el dolor se ocultan pocas veces, sobre todo en la juventud; y después de una observación superficial comprendí que mis camaradas, más arrogantes y más provistos de dinero que yo, no eran más felices. Cuando ahondé algo más, averigüé que la existencia me procuraba satisfacciones que ellos no tenían. Sus conversaciones insustanciales y aburridas, su aspecto intranquilo y receloso lo declaraban. Yo vivía satisfecho, ellos no; mis ideas revoloteaban libres y ligeras, mientras las suyas caían pesadamente. Deduje, por lo tanto, que si bien mis desgracias eran reales, en el fondo de mi naturaleza o de mi condición había un bien que me compensaba del mal. Observé la diferencia de los caracteres y advertí que las pasiones de mis camaradas eran violentas cuando las mías eran suaves; las suyas les ocasionaban sufrimientos y las mías eran motivo de goce. Los veía celosos, envidiosos, ambiciosos; yo, inteligente y tranquilo, nunca sentí ambición. Sin embargo, nadie crea que me supongo mejor que los demás; hay pasiones violentas que glorifican y engrandecen a los hombres; pero ahora no se trata de esto; me limito a decir cómo llegué a conocer mis pasiones, distintas de las que impulsan a la mayoría de los hombres, y que me procuraron la paz del alma y una especie de felicidad. Tardé más tiempo en descubrir que mi condición, cuyos inconvenientes eran palpables, ofrecía ventajas que compensaban aquellos inconvenien-

tes. Me refiero a la medianía de mi condición, muy distante de la absoluta carencia de medios que inutiliza a los más valerosos. La falta de dinero me privaba de una porción de cosas agradables, que no siempre aprecian los que pueden procurárselas y que exaltaban mi sensualidad. En seguida comprendí que los deseos con frecuencia son importunos y algunas veces crueles, pero tardé mucho más en comprender que los deseos embellecen las cosas hacia las cuales nos inclinan, y que su realización, engañosa con frecuencia, destruye la ilusión, el mayor encanto del hombre, y mata el deseo que le hace apetecible la vida. Todos mis deseos me impulsaban hacia la belleza, y reconozco en este amor a la belleza—desconocido por la mayoría de los hombres—un manantial inagotable de placer y de alegría. Estas observaciones, que hice sucesivamente, me fueron muy gratas y me persuadieron de que mi condición y mi naturaleza no me impedían aspirar a ser dichoso.

Pero los pocos años, mi poca experiencia y la vida familiar no me habían permitido sentir los caprichos de la fortuna, que triunfa de los caracteres más firmes y cambia en un instante la condición de los hombres.

¡Tébanos!, hasta el punto final de la existencia, envidiar a ninguno su fortuna, es demencia.
¿Pudo alguien predecir los giros de la suerte?
No proclaméis dichoso a un hombre hasta la muerte.

El primer ejemplo que se me presentó de las vicisitudes de la fortuna no fué de los más trágicos; pero lo recuerdo ahora porque me produjo una impresión muy violenta.

Un día en un café de la calle Soufflot, mientras aguardaba a Fontanet, reconocí en una mesa cercana a la mía a José Vernier, el joven aeronauta que seis años antes dió una conferencia en Grenelle y fué aplaudido por un público numeroso. Dos académicos de ciencias habían acompañado entonces al conferenciante, y una señora con vestido verde le ofreció un ramo de flores. Él estaba pálido como Napoleón I, y yo envidié generosamente su gloria y su fortuna.

Al verle de nuevo en un café, José Vernier escribía una carta y mascaba un cigarro de cinco céntimos. Llevaba la camisa sucia, una chaqueta deslucida, el pantalón rozado, los borceguies rotos y sin correillas. Su rostro estaba enrojecido, su mano febril. De este modo se me presentó el joven héroe a quien seis años antes envidié y me propuse imitar. ¡Ay! ¿Dónde quedaban los dos académicos, la señora del vestido verde, la muchedumbre entusiasta, las flores, los aplausos? Cuando llegó Fontanet le dije en voz baja quién era aquel señor y le di cuenta de las ascensiones con que se había distinguido.

—José Vernier. Le conozco—respondió Fontanet inmediatamente.

Yo estaba seguro de que no le conocía, ni siquiera de nombre, y de que le veía por primera vez.

Sin embargo, cuando José Vernier dejó de escribir Fontanet se inclinó hacia él, le saludó y le preguntó cuándo haría una ascensión nueva.

—Ya no manejo globos—respondió el aeronauta con voz fatigada—. No encuentro los recursos necesarios para construir uno; nadie comprende la inmensa ventaja que presenta la forma de mi globo; me hacen objeciones relativas a mi hélice, que juzgan de poca resistencia. Ya nadie me atiende, ahora sólo interesan Tissandier y Nadar. Acabo de escribir una carta al ministro, pero sin duda quedará sin respuesta.

Hizo un gesto como si quisiera alejar de sí las pesadumbres que le abrumaban, bajó la cabeza y calló.

Incapaz de discernir si José Vernier tenía el talento y el carácter indispensables para triunfar, yo sólo veía en él a un infeliz traicionado por la fortuna; y aquel espectáculo, para mí nuevo, me llenaba de pesadumbre y de turbación.

XXII

MI PADRINO

Los Danquin habitaban un viejo aposento de la calle Saint-André-des-Arts, donde vivió Pedro de la Estoile en tiempo de la Liga. Disfrutaban de una posición desahogada y no tenían hijos. Guiados por su carácter bondadoso, en 1858 recogieron al hijo y a la hija de un hermano de la señora Danquin, los jóvenes Bondois, Marta y Claudio, nacidos y educados en Lyon, menudos, agradables y siempre aturdidos. La señora Danquin, profundamente maternal, no amara más a los jóvenes Bondois si fueran fruto de sus entrañas, y sin embargo, Marta y Claudio se compadecían mutuamente y se aislaban recelosos en su condición de huérfanos y desterrados. Obesa y achacosa, de genio alegre, la señora Danquin limitaba a las atenciones domésticas su inagotable actividad. Para animar la casa se complacía en atraer a la juventud. Como ahijado del señor Danquin, me invitaban con frecuencia a comer y a pasar allí la velada. El señor Danquin consagraba a la comodidad de su interior todas las horas que le dejaba libres el estudio de la Paleon-

tología. Tenía en la memoria un mapa gastronómico de Francia, donde no faltaban los pasteles de Chartres, de Amiens y Pithiviers, ni el «foies-grás» de Strasburgo, ni los embutidos de Troyes, ni los capones de Mans, ni las salchichas de Tours, ni los corderitos de Cotentin.

Como todos los burgueses de París en aquel tiempo, tenía una buena bodega y cuidaba sus vinos con prudente vigilancia. Aquel hombre honrado no consideraba impropio de su posición escoger él mismo los melones, y suponía a las mujeres incapaces de conocer cuándo el melón ha llegado al momento fugitivo de su madurez sabrosa, y distinguirlo de otro aún verde o ya pasado. De este modo las comidas de casa de mi padrino eran excelentes. Mi padre y mi madre comían allí con frecuencia, y también las señoras Giray y Derlache con sus hijas, muy hermosas las dos; así como la señorita Guerrier, alumna del Conservatorio; el doctor Renaudin, a la vez alegre y siniestro; la señora Gobelin, vieja miniaturista de suma distinción, discípula de la señora de Mirvel, y su hija Felipa, flacucha, desmadejada, con el cabello lacio, los ojos pequeños, la nariz larga, ensanchada en el extremo en forma ovoide, la boca grande y bondadosa; descolorida, con pecho de tabla y las rodillas salientes; sus brazos no eran bonitos, pero en cambio eran desmesuradamente largos, y los llevaba desmesuradamente desnudos, no se sabe por qué; desde luego no era por vanidad de lucirlos, puesto

que ella misma decía que la Naturaleza, distraída o equivocada en aquel momento, le hizo el antebrazo más delgado que la muñeca. De carácter dulce, risueña, melancólica y amable, era ingenua y animada hasta el punto de constituir por sí sola una múltiple variedad de señoritas larguirúchas, algunas muy feas, otras casi bonitas, todas agradables y atrayentes en lo posible. La señorita Gobelin, para vivir y ayudar a su madre pintaba retratos de niños, y sufría con resignación que la mano sucia del fotógrafo alojado sobre la bohardilla de su casa en un jaulón de cristal le quitase toda su clientela. Laboriosa hasta un punto apenas imaginable hablaba cuatro o cinco idiomas, había leído infinidad de libros y conocía los secretos de la música.

Mi padrino trinchaba primorosamente las aves y servía a los invitados, vieja costumbre seguida en otro tiempo en las casas más nobles. El príncipe Talleyrand (considerado como el más cortés de los anfitriones), hacía lo mismo: trinchaba las viandas y las distribuía entre sus invitados, atento a la condición de cada uno. Amadeo Pichot, fundador de la *Revue Britanique*, ha referido la manera usada por el archicanciller para servir un asado. Al enviar su parte a los príncipes y a los duques, manifestaba que le honraban mucho si era de su agrado; a los personajes de alguna distinción les rogaba que lo aceptasen; y por último, a los invitados de menor cuantía les interrogaba secamente: ¿«quiere»? a la vez que daba un golpe en la mesa con el mango

del cuchillo. El señor Danquin, hijo de la Revolución, no advertía que al trincar y al servir adoptaba la costumbre de los antiguos aristócratas.

En sus distribuciones tenía menos en cuenta el rango que el apetito; ponía doble ración a los de buen diente, y una cucharada de jugo a los desgarnados y a los que no disfrutaban de buena salud. Magnífico y liberal para todos, dedicaba lo más escogido a la señorita Elisa Guerrier, por la cual mostró siempre una preferencia imperceptible y decidida; y al escoger para ella en un lomo de buey la parte del riñón, o en un asado de cerdo el trozo más tostado, sonreían sus ojos detrás de las gafas de oro.

Para que se comprenda más la nobleza e ilustración de las maneras de mi padrino con la señorita Elisa Guerrier, alumna premiada en el Conservatorio, transcribiré lo que el señor de Courtin escribió en París a principios del siglo XVIII en su *Nuevo tratado de la cortesía que se usa en Francia entre las honradas gentes*:

«Como la parte estrecha del lomo de vaca es siempre más sabrosa, también es más apetecida. La riñonada de vaca se corta ordinariamente por el centro, en el sitio más carnoso, y el riñón se ofrece como un obsequio.»

El señor de Courtin añade que «de un gorrinillo, lo que apetecen más los golosos es la piel y las orejas».

Insisto en los presentes culinarios con que mi pa-

drino se complacía en favorecer a la señorita Elisa Guerrier sin resquemor alguno; en ese caso mi envidia fuera incongruente y delatora de malos sentimientos, porque mi padrino, seguro de que me gustaban a rabiarse los dulces, me servía trozos enormes de tarta o de flan.

Si recuerdo, con motivo de las comidas gratas de mi infancia, los magníficos banquetes de un Cambaceres o de un Talleyrand, y la mesa del duque de Chevreuse, donde el señor Courtin adquirió sus más preciosos conocimientos, lo hago por amor al pasado y por el deseo de advertir continuidad en la sucesión rápida de las generaciones. Por otra parte, la mesa del señor Danquin era de lo más modesto y atestiguaba la prudente medianía de las costumbres burguesas en los últimos años de la realeza constitucional y en los primeros del Segundo Imperio. La bondadosa señora Danquin sostenía su casa en un pie modesto. Una sola criada la servía para todo; comíamos bien, y estábamos mucho tiempo en la mesa (1).

(1) Actualmente las clases acaudaladas de la Europa democrática preparan sus banquetes con más ceremonia y menos delicadeza de las que usaban los aristócratas del antiguo régimen. Mi padrino, burgués demasiado modesto para permitirse imitar las épocas procedentes de la Revolución y del Imperio, nos trataba en las comidas con una distinción que sin duda tiene muchos puntos de contacto con las costumbres de otros tiempos. Léase la siguiente página escrita, después de la emigración, por una mujer que

El tío de mi padrino, con sus ochenta y nueve años, aún asistía algunas veces a tales comilonas. A los postres le rogaban que cantase. Se ponía en pie y susurraba imperceptiblemente alguna canción báquica de Desauguiers:

Dadme vino...

Terminada la comida pasábamos al salón, espacioso, rodeado de armarios llenos de fósiles, de osamentas de reptiles, de peces, caparazones de crustáceos, plantas disecadas, insectos, mandíbulas de reptiles enormes, colmillos de *mammouths*. Mi padrino se dedicó a la paleontología con un frenesí que nadie sospechara en aquel hombrecillo abotagado y jovial, que lucía tan hermosos chalecos y

frecuentaba mucho el palacio real, la señora de Genlis, y se verá que la antigua nobleza era en cierto modo menos engallada que nuestra burguesía.

Genlis, V, 101: «Cuando llegaba el momento de pasar al comedor, el dueño de la casa no se precipitaba hacia la persona más *considerable* para pasearla en triunfo entre todas las otras y sentarla pomposamente a su lado en la mesa. Tampoco los demás hombres se precipitaban a dar el brazo a las señoras... Esta costumbre sólo se practicaba en provincias. Primero salían del salón todas las mujeres; iban delante las que estaban más cerca de la puerta; se hacían entre sí algunos cumplidos, pero muy breves, que de ningún modo producían retraso...; los hombres iban detrás. Cuando estaban todos en el comedor se colocaba cada uno a su gusto.»

sacudía tan alegremente sobre su abdomen los dijes de su leontina.

Una tarde, mientras los jóvenes se concertaban para el baile, nos presentó con orgullo a la señorita Govelin y a mí, que éramos los más inteligentes de aquella sociedad, la reproducción de una mandíbula humana que su amigo Boucher de Perthes acababa de enviarle desde Abbeville. Mientras contemplaba aquel monumento de un pasado lejano chisporroteaban sus ojos bajo sus gafas de oro, y aquel hombre tranquilo estalló de pronto:

—Dicen que «el hombre fósil» no existe. Se les muestran las puntas de flecha que había tallado en sílice, los trozos de marfil y de pizarra sobre los que trazó figuras de animales; y sin querer oír ni ver, aseguran que «el hombre fósil» no existe. Si, señores, ¡existel! ¡Ahí está!

Tales reproches se dirigían a los discípulos de Cuvier, que dominaban en la Academia. Mi pobre padrino había sido maltratado por los sabios oficiales y esto le hacía sufrir, sin reflexionar que un hombre sólo alcanza la gloria sobre un pedestal de injurias, y que todo el que piensa y actúa es vilipendiado, insultado y amenazado. No se había detenido a observar que, en todos los tiempos, los que honraron a su país por su genio o por sus virtudes sufrieron persecuciones, cautiverio, destierro, y alguna vez hasta la muerte...

Estas reflexiones no eran propias de su carácter.

—El hombre fósil existe. ¡Ahí está!

Y alzaba en triunfante actitud la mandíbula encontrada por Boucher de Perthes en el molino Quignon, seguro de que le bastaría mostrarla para confundir a sus enemigos; porque su alma era sencilla y creía en el poder de la verdad, cuando sólo es fuerte la mentira, que se impone a la inteligencia de los hombres por sus encantos, su diversidad y su arte para distraer, halagar y consolar. El señor Danquin examinaba, palpaba la mandíbula.

—Tiene todos los caracteres de una bestialidad absoluta—dijo—, pero ¿es una mandíbula de hombre!

—¿Cuándo vivió ese hombre, padrino?

—¿Quién puede asegurarlo? Vivió... hace doscientos, trescientos mil años; acaso más. Y la Tierra ya era vieja entonces.

El señor Danquin recorrió con la mirada sus armarios, y con los brazos extendidos, como si quisiera abrazar todo lo que en ellos se contenía, prosiguió:

—La Tierra... cuando vivía este hombre, había producido ya innumerables generaciones de plantas y de animales. Razas de madréporas, de moluscos, de peces, de reptiles, de anfibios, de pájaros, de marsupiales, de mamíferos, se habían extinguido ya en su seno. Sí; entonces ya era vieja. La época de los enormes saurios se perdía en la noche de los tiempos. El mastodonte, del cual tengo yo aquí algunos restos, había desaparecido ya.

Felipa Gobelin cogió la punta petrificada de un

enorme colmillo, y recitó en tono solemne los versos del *Caín* de lord Byron, que evocan aquellos antiguos reinos hundidos en los abismos de la muerte antes de que naciera el Hombre.

... And those enormous creatures...
And tusks projecting like the trees stripp'd of
Their bark and branches.

«Y esas criaturas enormes, esos fantasmas... Se parecen a los habitantes salvajes de esta tierra, a los más gigantescos de entre ellos, que mugen durante la noche en las profundidades de la selva; pero son diez veces mayores y más terribles... Sus colmillos se alargan como árboles despojados de su corteza... Los restos de tales monstruos yacen por miriadas en lo más profundo de la tierra, sobre cuya superficie ya no vive ninguno.»

Al oír estos versos de un poeta olvidado al presente, pero cuya voz no había perdido entonces su vibración sentimental, me invadió un delicioso desaliento y pensé en esos abismos de la muerte que después de haber devorado generaciones innumerables de monstruos, tantas floras y tantas faunas, se hallaban dispuestos a cerrarse sobre nuestras flores y sobre nosotros. Y pensé que la brevedad de la vida humana, que inutiliza el deseo, la esperanza y el esfuerzo, nos libra de todo temor y de todo mal.

La señora Danquin me llamaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Anda, Pedro, vete a bailar con Marta.

El doctor Renaudin invitó a la señorita Gobelin, la cual, después de haber dejado el colmillo fósil en la vitrina, se puso rápidamente los guantes, y dijo:

—Vamos a desplegar nuestras gracias.

XXIII

DIVAGACIONES

Una tarde leía yo Virgilio en mi cuarto. Ya en el colegio me había sido grata su lectura. Desde que los profesores no me lo explicaban lo comprendía mejor, y ningún obstáculo se opuso entre mis ojos y sus bellezas. Leía la *Egloga* 6.^o con verdadero deleite. Mi cuarto, pequeño y humilde, se convirtió en gruta, donde Sileno adormecido dejaba caer su corona junto al joven Chromis, el joven Mnasyte y Eglé, la más hermosa de las náyades. Oíamos al viejo embadurnado con sangre de moras, cuyos cantos hacían triscar acompasadamente a los faunos y a los animales montaraces y enseñaban a las encinas a balancear sus copas altaneras. Decía de qué modo, en el inmenso vacío, se reunieron las semillas de la tierra, del aire y del mar; de qué modo el globo líquido del mundo empezó a endurecerse, a encerrar a Nerea en el océano y a tomar poco a poco las formas de las cosas. Relataba la sorpresa de la Tierra al ver brillar el sol nuevo, y de qué modo caían las lluvias desde las nubes más distantes. Entonces, por primera vez se produjo el crecimiento